

# CON AGRADECIMIENTO, ALEGRÍA Y ESPERANZA

*Marc Card. Ouellet*

HOMILÍA DEL PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

BASÍLICA DE GUADALUPE

28 DE NOVIEMBRE 2021

“Haznos ver, Señor, tu amor y danos tu salvación”

(Aleluya)

QUERIDOS HERMANOS,

QUERIDAS HERMANAS DEL PUEBLO SANTO DE DIOS,

QUERIDOS HERMANOS EN EL EPISCOPADO,

ESTIMADOS PARTICIPANTES DE LA PRIMERA ASAMBLEA ECLESIAL DE AMÉRICA  
LATINA Y EL CARIBE

Concluimos una hermosa etapa de nuestro peregrinar sinodal aquí en el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, como signo profético de gratitud por la protección y la presencia de María Santísima durante la semana intensa de escucha, fraternidad y entusiasmo por nuestra fe que acabamos de vivir.

Hablo de “signo profético” porque nuestra presencia aquí hoy da testimonio de que el anuncio de la Virgen mestiza a San Juan Diego, sigue más actual que nunca y produciendo nuevos frutos de comunión, participación y misión, conforme a la naturaleza sinodal de la Iglesia.

Un signo profético es un acontecimiento, un mensaje, un gesto y una palabra por los cuales Dios habla al corazón de las mujeres y hombres de nuestro tiempo.

El mensaje de Dios hoy en este primer domingo de Adviento, es mensaje de esperanza porque el profeta Jeremías nos anuncia al mesías que trae la salvación, porque San Pablo explica a los Tesalonicenses y a nosotros como

caminar en la luz del Señor Jesús que nos acompaña en el camino, mientras que el evangelio nos exhorta a orar en todo tiempo para superar el miedo difundido que aflige a todos nosotros y al mundo entero, en el contexto dramático de la pandemia que no acaba.

Queridos hermanos y hermanas, en este contexto difícil, nosotros estamos llamados a la gratitud sincera por los bienes del Reino que nos dan paz, seguridad y esperanza en medio de pruebas y dolores que nos afectan tanto como al resto de nuestros hermanos y hermanas en otras partes del mundo.

Venimos aquí como a un oasis en el desierto, como a un pequeño pozo de agua para saciar nuestra sed, para encontrar una mirada materna que nos tranquilice y consuele, para descargar en su regazo nuestras fatigas y quehaceres, y sobre todo para entregar a la Madre del cielo y de la tierra el sueño de una Iglesia sinodal.

Este sueño se está materializando en muchas iniciativas que el Papa Francisco va sugiriendo, bendiciendo y acompañando con amor paterno.

En este sentido, nuestra primera asamblea eclesial de América latina y el Caribe es un signo profético que revela un despertar de la fe en el Espíritu Santo, que enciende el amor por todo ser humano, y sobre todo por los más débiles, vulnerables y marginados. ¡Un pueblo que es también familia de Dios, no puede jamás abandonar a los más pobres!

La Iglesia vuelve a tomar consciencia de su identidad misionera como pueblo en camino; como cuerpo y esposa de Cristo, como pueblo sacerdotal, portador y mediador del Don del Espíritu Santo a todas las naciones.

Nuestros días de convivencia presencial y digital han contribuido a fraguar aún más la unidad de este nuestro continente cristiano, mariano y cada vez más sinodal.

Ojalá hagamos cada vez más progresos en la vivencia del amor, de la escucha sincera de la diversidad, de la paciencia para integrar la participación de todos, en la alegría que brota de la comunión fraterna y sinodal.

San Juan Diego vivió la tentación de querer hacer su propio proyecto, cuando evitando encontrarse con la Virgen de Guadalupe buscó ayudar a su querido tío enfermo, basado en sus propias ideas, valiéndose sólo de sus propias fuerzas.

Fue entonces, que la Virgen le salió al encuentro de manera imprevista y con ternura le mostró que es mejor siempre optar por el proyecto de Dios, que es proyecto de amor, de fidelidad y de confianza. Ella le dio una segunda oportunidad. Y así, San Juan Diego, dócilmente, despertó de su engaño y descubrió una mayor libertad y una más profunda alegría al aceptar entregarse al abrazo de María y al seguimiento radical de Jesús. Así fue cómo cumplió con su misión sinodal de llevar una buena noticia al obispo.

Que afortunados somos que Ella, Virgen de Guadalupe, Virgen del Adviento, nos corrija el rumbo, ¡con ternura! Que afortunados somos que nos diga a cada uno de nosotros: “¿No estoy aquí yo, que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo; ¿No soy la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Tienes necesidad de alguna otra cosa?”<sup>1</sup>

Bajo la mirada de nuestra Madre morenita, y recordando al Papa Francisco que se dejó contemplar por Ella, nos recogemos ahora con agradecimiento, alegría y esperanza, pidiéndole que su Divino Hijo sea para nosotros como para Ella, nuestro todo, nuestra compañía permanente, nuestro único Salvador, nuestro tesoro como discípulos misioneros, miembros de la Iglesia discipular y sinodal. Amén.

---

<sup>1</sup> *Nican Mopohua*, n. 119.